

A propósito de un libro sobre fray Luis de León *

Fray Luis de León fue un escritor, un gran escritor en prosa y verso. Esto lo supieron pronto los españoles, incluso antes de que publicara ninguna de sus obras. Lo sabe hoy todo el mundo. Sus libros en español siguen vendiéndose y se estudian con pasión. Este es el fray Luis del que tantos hablan; el que se estudia en los Colegios y Universidades. Negarlo es cerrarse a la evidencia. Pero lo que ya no saben todos es que fray Luis fue también teólogo y biblista, muy estimado por sus contemporáneos y muy combatido también por algunos, dadas sus innovaciones; y que fue precisamente esta de biblista su vocación. O mejor, la de teólogo; pero entendiendo la teología en el sentido abarcador en que él la entendía: “de la cual el principio son las cuestiones de Escuela, y el crecimiento la doctrina que escriben los Santos y lo más alto de ella las Letras Sagradas, a cuyo entendimiento todo lo de antes, como a fin necesario, se ordena” (NC, 1, *dedicatoria*, BAC 1951², 388). Es decir, teología escolástica, teología positiva y Biblia, y, como preámbulo, la filología, la historia, las demás letras humanas y la elocuencia, como dice en distintas ocasiones a lo largo de su vida. Todo al servicio de la exégesis bíblica y esta al servicio de la perfección de la caridad. Ni sólo teología escolástica, que asigna a la Biblia la función de corroborar los dogmas, ni sólo exégesis bíblica pura, que desecha la escolástica y la positiva, ni mero humanismo, atendido a las letras humanas sin más. Difícil empresa, como para despertar entusiasmos e inquinas. A su servicio puso su voluntad de estilo; su decisión, lograda, de levantar la lengua española a la altura del latín, el griego y el hebreo, y de ser leído por los que no gustan de “lo que se escribe mal y sin orden” (NC, 3, *dedicatoria*, 658).

A remediar la ignorancia en que se está respecto al fray Luis teólogo viene el presente volumen. En él se recogen, en primer lugar, cuatro artículos no directamente relacionados con el tema, pero que pueden ayudar a esclarecerlo, así como el que va al final (el elogio que de fray Luis hizo Fran-

* S. ÁLVAREZ TURIENZO (Ed.), *Escritos sobre fray Luis de León*, Ediciones de la Diputación de Salamanca, Salamanca 1993, 370 pp., 24 x 16,53

cisco Pacheco; la vida de fray Luis por Tomás de Herrera; la escrita por Mayans y Siscar; un artículo de Pedro Sáinz Rodríguez en el que se puede seguir el curso de la fama de fray Luis; y, al final, uno de Antonio Mestre sobre el redescubrimiento de fray Luis en el siglo XVIII). Entre aquellos y este están los siguientes estudios: López de Toro, “Fray Luis de León y Benito Arias Montano”; Eugenio Asensio, “Fray Luis de León y la Biblia”, fundamental para sorprender en acción el temple guerrero de fray Luis y conocer su concepción de la exégesis bíblica; Swietlicki, “Luis de León y el enredo de las Letras Sagradas: descifrando el significado de *De los nombres de Cristo*”; Maristany, “Sobre la obra latina de fray Luis de León”; Álvarez Turienzo, “El argumento y suma de la teología es Cristo. Escritura luisiana y clave de lectura”; Tomás Álvarez, “Fray Luis de León y santa Teresa de Jesús. El humanista ante la escritora”; David Gutiérrez, “Fray Luis de León, autor místico”.

Como introducción, el editor traza, con la competencia que le es usual, la visión teológico-bíblica de fray Luis y su sistema conceptual, y trata a la vez de otros muchos temas que colateralmente le van saliendo. Advierto, en su afán de destacar el valor teológico de fray Luis sobre otros aspectos más prestigiados habitualmente, ciertas contradicciones o, al menos, a mí me lo parecen.

En la página 17 se lee: “Habrá quien, pese a todo, siga manteniendo que el fray Luis vivo en su posteridad es el poeta y el cincelador del lenguaje en su prosa y, por tanto, ése es el que ofrece base justificada para seguir estudiándolo, y que, si tuvo otras excelencias, no han superado la prueba del paso del tiempo. Considero equivocado ese juicio. A sus coetáneos les impresionó más su saber teológico que sus poemas”. El autor está en su derecho y no seré yo quien se lo niegue, aunque seamos muchos los que discrepamos de él. Pero él mismo, en las páginas 28-30, constata que en la Contrarreforma, de dominio neoescolástico, desapareció su obra del interés de los estudiosos (su fama literaria, sin embargo, no sufrió eclipse. Testigos de ella son Cervantes, Lope de Vega, Quevedo...) y que en el reencuentro que con él tuvo el siglo XVIII se ignoró al escolástico, incluso al teólogo, reeditándose su obra en romance como la de un escritor espiritual, no propiamente teólogo. También su doctrina espiritual se les escapaba, quedando sólo el escritor sin par. Desde entonces, su fama en este sentido no ha hecho sino crecer (entre los componentes de ella, el autor señala con razón el de libertario perseguido por la Inquisición, elaborado en el siglo XIX). En la página 34, a vueltas de algunos reparos que pone a la *Exposición del libro de Job* afirma: “lo nuevo en él corre por venas latentes, aparte de la fuerza y arte de su prosa; me refiero a la plasticidad característica de su frasis, que nos pone

ante las cosas diciéndose a sí mismas. Quizá sea la poesía la que mejor revele su estilo de composición”. Sin comentarios.

Se dice en la página 17: “El fray Luis poeta no es inquietante para ese orden [*tradicional*] o lo es sólo si sus versos se leen a la luz del teólogo que vibra al unísono con el salmista y los profetas. Retirada esa luz, son los de un contemplativo del cosmos, que puede hacer suyos cualquier agnóstico”.

Si en algún texto aparece el fray Luis conflictivo y combativo, al que no doblegan la lucha ni la persecución, es en sus poesías. Visible hasta en la técnica de composición y en los recursos retóricos que emplea. El sosiego y la paz aparecen en ellas sólo como anhelo. Pero no es esto lo que ahora me interesa señalar. No entiendo cómo un agnóstico podría firmar estos versos, a no ser que previamente hiciera una reducción, eliminando las muchas corrientes que en ellos bullen, las mismas que en sus obras en prosa, y quedándose exclusivamente con lo que fuera de su gusto. Pero ¿qué tendría que ver el producto resultante con la poesía de fray Luis? Téngase en cuenta, además, que su poesía no puede separarse de sus otras obras; y esto no sólo por principio general de crítica literaria que exige integrar cada parte en su todo, porque sólo inscrita en él rinde la plenitud de su significado, sino porque el mismo fray Luis, consciente de las técnicas que utilizaba en cada momento del proceso creador (y en esto es modernísimo), dejó visible la urdimbre en las muchas coincidencias, a veces hasta literales, entre aquella y estas, especialmente en las escritas en español. En el cosmos, el contemplativo fray Luis, platónico y cristiano como san Agustín, Sto. Tomás de Villanueva, el Bto. Alonso de Orozco..., veía a Dios y, en concreto, al Dios de Jesucristo. Si nosotros no le vemos, es porque mentalmente no tenemos ya los ojos que ellos tenían. Añádase a todo ello, y aquí la contradicción, a mi juicio, que en las páginas 21-24 se dice que Cristo encarnado es el centro del sistema de fray Luis y no la escolástica aristotélica, rechazada por los humanistas por fea e impía, ni el platonismo (aunque él lo prefería a aquella), que termina disolviendo el misterio en mera religión cósmica. Sobre esto se insiste en la página 27 y en las páginas 31-34, afirmándose con toda rotundidad en la página 32: “Su pensamiento era cristiano, entendida además esa singularidad religiosa con radicalidad”. ¿Cómo un pensador, radicalmente cristiano, que fue además un gran poeta, uno de los mejores poetas de todos los tiempos, ha podido escribir una poesía que no es cristiana, a no ser que la leamos a la luz de un significado teológico que no está en ella, sino que le viene de fuera, hasta el punto que la puede hacer suya cualquier agnóstico? No lo entiendo.

Ni comparto la esperanza del autor expresada en la página 35: “De la envergadura de su genio sólo se tendrá la medida justa cuando podamos

contar con el *corpus* completo de su obra”. No creo que nuevos hallazgos o la publicación de sus inéditos nos traigan grandes novedades. Para medir el calado de fray Luis en los distintos aspectos de su obra tenemos material más que suficiente. Fray Luis se dio todo entero en sus obras en español. A nosotros nos incumbe la hermosa, aunque difícil, tarea de aprender a leerlo; de potenciar lo que a veces en él es sólo germen o incluso tan sólo raicilla que espera ser llevada a plenitud. Sus obras latinas pueden ayudarnos, y mucho, en esta empresa. Por desgracia, en la bibliografía de fray Luis, que ahora tenemos reunida en la obra ejemplar de Rafael Lazcano, abunda en demasía la paja (elogios de turiferarios y embestidas de algún que otro miura). Lo señala Pedro Sáinz Rodríguez en un artículo recogido en el presente volumen y lo había señalado Dámaso Alonso en el epílogo a la edición crítica que de las poesías de fray Luis hizo el P. Ángel C. Vega. Allí escribió el inolvidable maestro: “dominan la imprecisión, la improvisación, el apasionamiento y el barullo”. Afortunadamente hay también trabajos de mérito y rigor, como los reunidos en este libro. Por ello y por su valiosa introducción, el editor, amigo y buen conocedor de fray Luis, merece el agradecimiento de cuantos compartimos su fervor por el escritor y teólogo, eminente aquél y eminente éste. Pero este, el fray Luis teólogo, pasó a mejor vida. Está muerto, porque muerta está aquella teología, la escolástica y la suya; porque está muerta aquella exégesis, también la de los hebraístas. ¡Tan pronunciada es la inflexión histórica que estamos viviendo!

La teología, según fray Luis, comienza por la escolástica, sigue por los Santos Padres y termina en la Biblia, que es la cima; pero, de hecho, con su método, termina leyéndola con ojos escolásticos, que son, en definitiva, la clave fundamental, aunque no única, de su interpretación del texto sagrado. *De los nombres de Cristo* es un clamoroso exponente de su técnica exegética. Comienza dando los textos bíblicos que justifican la atribución de un determinado nombre a Cristo, casi siempre del Antiguo Testamento, interpretado cristológicamente. A continuación, no hace la exégesis filológica de cada texto, sino que se pregunta por el significado del nombre en cuestión y por qué le conviene a Cristo. Y aquí, esta es su gran limitación, desembucha todo lo que ha aprendido en la Escuela y en los Santos Padres y en Aristóteles y en Platón y en los neoplatónicos antiguos y modernos y en los poetas italianos y españoles y en los libros de pastores y en los arrastres de la Cábala... Todo ello leído por un amante de las palabras que gusta de escudriñar sus reconditeces y formar con tan dispares elementos un cuerpo de doctrina bien trabado y compuesto (cf. NC, 1, *Padre del siglo futuro*, 487).

Pero a nosotros no nos parece tan trabado y oímos, a las veces, como un crujir de artejos encontrados, como una encrepada gritería de voces contra-

dictorias, y nos sentimos alejados de él. En su descargo, hay que decir que lo mismo nos pasa con los demás autores de la tradición cristiana y con los de cualquier otra tradición. Las contradicciones son inevitables desde el momento en que una gran idea nueva, o una nueva forma de vida, entra en el río de la historia y se va disolviendo en distintas aguas y resurgiendo, transculturada, en formas nuevas. Nunca han sido tan visibles las contradicciones en el cristianismo como lo son hoy en las nuevas formulaciones teológicas, por la sencilla razón de que no se ha llegado aún a un sistema que cohesione las nuevas respuestas que se van dando a los viejos temas. Cada generación tiene que volver a los textos originarios y preguntarse cuál fue la novedad de su significado, sabedora de sus propios condicionamientos y sin olvidar que esos mismos textos son ya intertextos.

Fray Luis fue todo lo que aquí se dice y su teología espera nuevas investigaciones, inteligentes, precisas, iluminadoras. Pero fray Luis fue también, insisto en ello, el escritor, prosista y poeta, que se instaló desde el primer momento en el corazón de los españoles cultos ajenos al gremio erizado y angosto de los teólogos; el que ha tenido ininterrumpidamente su admiración entusiasta; el que seguirá conmoviendo a miles de lectores, que se recrearán en su prosa inigualable y recitarán de memoria sus versos. Lo de "obrecillas", como él los llamó en un prólogo galeato, es algo que tenía que decir para la galería de necios eruditos que le rodeaba. Si no le perdonaron que escribiera de teología en lengua vulgar, ¿qué hubieran dicho de él de haber sabido que andaba metido a poeta y se gloriaba de ello? Los teólogos de su tiempo y los que vinieron después no se percataron del futuro que abría su camino. Ojalá se enteren los de hoy y ojalá los agustinos no se olviden de este rasgo característico de la escuela agustiniana, el bien decir, el decir con claridad, con orden y armonía. Fray Luis es el maestro, la estrella polar.

JOSE VEGA, OSA
Estudio Teológico Agustiniiano
Valladolid